

Sermón Pr. 16B (2009) *Josué 24:1-2a, 14-18; Efesios 6:10-20; Juan 6:56-69*

«¿Quieren marcharse también ustedes?» Es fácil imaginar la primera comunidad de cristianos, aquella de San Juan Evangelista, cuando oímos esta pregunta tan pensativa. A veces tenemos que preguntar a nosotros también. Aunque experimentamos en Jesús nuestra esperanza, luz, comida y bebida espiritual, sabiduría, justicia y compasión, siempre existe la posibilidad de dejarlo y vivir como si él no fuera todo esto.

San Juan nunca pudiera imaginar un país donde 80% dicen que son cristianos. Pero aún en nuestra sociedad, menos de 20% se reúnan en una semana para practicar su fe como miembros de una comunidad. Las palabras de vida, las enseñanzas de su maestro, la comida y bebida que él da, y la compañía que él está formando en este mundo, no son de alta prioridad en sus vidas. Tales discípulos están contentos con criticar la comunidad y la fe de otros. Mientras tanto, su propia fidelidad se vuelve difícil de distinguir entre las opciones alrededor.

Esta situación no es una novedad: Josué se dirigió a Israel, reconociendo que sin elegir, diariamente, servir a este Dios y no a otros, todos recaeremos—quizás inadvertidamente—a la esclavitud. Sea esclavitud a trabajo, adicción, nuestros propios impulsos, venganza, egoísmo, otras personas o fuerzas que nos explotan. Los poderes y las autoridades, los otros dioses que dominan este mundo son muchos, y demanden nuestra vida. Sólo es Dios que nos libera, y Jesús lo representa y lleva a nosotros como pan de comer y agua de beber, como luz en las tinieblas, como buenas nuevas a los pobres, como descansa a los desalentados. ¿Por qué dejaríamos de él?

Claro, cuando Jesús habla de dar su carne y sangre, a la comunidad de creyentes quiere decir que él da su vida por el Reino de Dios. Y nosotros también, liberados del miedo de la muerte, podemos dar nuestra carne y sangre—nuestra presencia y vida—por la causa de justicia y compasión. Para los enamorados de las promesas vacuas de otros dioses, éste es duro. Esperamos en un mundo de justicia y compasión—o no esperamos.

A otros, la palabra dura es que Jesús es uno de nosotros. No podemos alzar sobre el nivel del resto de la humanidad hacia un mundo especial de la mente, para los seres superiores. Seguir a Jesús nos requiere andar con hermanos y hermanas como nosotros, buscando, heridos, imperfectos. Jesús insiste, con su espiritualidad, que recibamos su carne y sangre, y participamos en su misión de alimentar a los hambrientos del mundo.

Y a otros, el problema es que debemos recibir algo que venga de afuera, como si no tuviéramos todo lo que necesitamos todavía, en nuestros pequeños esquemas y planes por el mundo. «El espíritu da vida, no la carne de sí misma.» A veces preferíamos vivir más como animales, sin consciencia, pasando día por día sin obligación o respeto a nada más que lo que puedo ver o imaginar aquí y ahora.

Pero, aún con todas nuestras preguntas y dudas, si queremos vida que permanece por la lucha, ¿a quién iríamos? Con el precio de fidelidad, con sus imperfectos amigos, y con la dureza del reto, si queremos agua viviente y comida espiritual, ¿a quién iríamos? Jesús no demanda un dogma. Nos invita caminar, comer y beber, y participar en la amada comunidad. ¿A quién otro iríamos?

*La Revda. Paula M. Jackson, La Iglesia de Nuestro Salvador, Cincinnati, Ohio*

Sermon Pr. 16B (2009) *Joshua 24:1-2a, 14-18; Ephesians 6:10-20; John 6:56-69*

“Do you also want to go away?” It’s easy to imagine the early community of Christians, that of St. John the Evangelist, when we hear this plaintive question. At times we have to ask it ourselves, too. Although we experience in Jesus our hope, light, spiritual food and drink, wisdom, justice and compassion, there’s always the possibility of leaving it all and living as if he were not all that.

St. John never could have imagined a country where 80% of the people claim to be Christians. But even in our society, less than 20% will gather any week to practice their faith as members of a community. The words of life, the instruction of their teacher, the food and drink he gives, and the company he’s trying to form in this world, are not of great priority in their lives. Such disciples are content to criticize the community and the faith of others. Meanwhile, their own faithfulness becomes difficult to distinguish among the options around them.

This is no new situation: Joshua addressed Israel, recognizing that unless we choose, each day, to serve this God and not others, we’ll all fall—perhaps unknowingly—into slavery. It might be slavery to work, to addiction, to our own impulses, to vengeance, egoism, to other persons or forces which exploit us. The powers and authorities, the other gods which dominate this world are many, and they demand our lives. Only God liberates us, and Jesus represents this God and brings God to us as bread to eat and water to drink, as light in the darkness, as good news to the poor, as rest to the weary. Why would we leave him?

Clearly, when Jesus speaks of giving his flesh and blood, to the community of believers this means that he gives his life for the Reign of God. And we also, freed from the fear of death, can give our flesh and blood—our presence and life—for the cause of justice and compassion. For those enamored of the empty promises of the other gods, this is hard. We hope for a world of justice and compassion—or we do not.

To others, the hard word is that Jesus is one of us. We can’t rise above the level of the rest of humanity to a special world of the mind, for superior beings. To follow Jesus requires us to walk with brothers and sisters like ourselves, seeking, wounded, imperfect. Jesus insists, with his spirituality, that we receive his flesh and blood, and participate in his mission of feeding the hungry of the world.

And to others, the problem is that we must receive something which comes from outside, as if we did not have all we need already, in our little schemes and plans for the world. “The spirit gives life, not the flesh by itself.” At times we might prefer to live more like animals, without consciousness, passing day by day without obligation or respect to anything more than what I can see or imagine here and now.

But even with our questions and doubts, if we want life which endures through the struggle, to whom else can we go? With the price of faithfulness, with his imperfect friends, and with the hardness of the challenge, if we want living water and spiritual food, to whom can we go? Jesus doesn’t demand a dogma. He invites us to walk, to eat and drink, to participate in the beloved community. To whom else can we go?

*The Rev. Paula M. Jackson, The Church of Our Saviour, Cincinnati, Ohio*